

## Toda (una) vida

Hace veinte años que planté ese árbol. Bueno, no. En realidad no fui yo. Fue Germán. ¡Él sí es un loco por las plantas! A veces lo miro trabajar ahí en el jardín o atrás, en la huerta. Mueve la tierra, cava, hace huecos, planta, corta, riega. ¡Me da una envidia! Todo el día está ahí. Con el sudor hirviendo en cataratas en verano o con la escarcha que en invierno endurece el suelo –y los dedos- hasta que sube el sol a las nueve o diez de la mañana. Bueno, en realidad eso lo dice Ana María, yo ni me atrevería a murmurar una cosa así. No, no es que no quiera. Es que apenas lo intento ellos, que desde aquel día no volvieron a ponerse de acuerdo en nada, que siempre discuten por todo, me miran con ese brillo oscuro en los ojos, que más que verlo presiento. No, no me miran. Son dardos, los siento, que me lanzan con los ojos cuando no se los tiran el uno al otro. Yo bajo la cabeza, agacho el culo y me quedo en silencio. Como siempre. En silencio. Porque ya ni un sonido se puede agregar en esta casa. Solo el de ellos. El de sus gritos. Todo el día. Nerviosos, casi con rabia.

Recuerdo ese día. Bueno, no, no con precisión. Pero discuten tanto sobre eso que no sé si lo recuerdo porque lo viví o me lo aprendí de tanto escucharlo con los gritos. ¡Ana María tiene esos chillidos tan agudos que a veces tengo que hacer un esfuerzo para no gritar yo también mi dolor de oídos! Desde aquel día, en el que pegó ese grito, toda ella quedó colgada en ese tonito finito, eterno, destructivo, insoportable. Germán no. Aquel día quedó mudo. Y después, y para siempre, se metió en la tierra y no salió más. Con el tiempo comenzó a responder oponiéndose a todo lo que decía, hacía y pensaba Ana María. Yo intenté hacer algo... Bueno, no. No podía. Pero soy testigo de todo, por eso estoy aquí. Porque estoy desde antes que si no, de ningún modo entraba. ¡Y mucho menos quedarme!

Los conocí desde el inicio. A los dos. Primero a Santiaguito. Después al limonero. A ese, con el tiempo lo vi crecer, pasar las estaciones, albergarme con su sombra, darme apoyo en su tronco tallado alguna vez. Por Santiaguito. Bueno, ya no Santiaguito, Santiago. Un corazón, decía él. Pero no lo parecía. ¡Si habré visto corazones en mi vida! “Santiago y Martita” se leía. Bueno, yo no, escasamente veía. La edad, dicen. Ana María gruñía todo el tiempo por aquellos días. “¡Mirá que irte de mochilero un año por Latinoamérica con la engrupida esa! ¿La dejan los padres? ¿De qué van a vivir?” Ella no quería. Pero Germán le dijo que joven se es una vez en la vida.

Hoy lo miro detenidamente y pienso.... Estaban esperando eso, que era “lo natural”. Bueno, así decía Ana María. Yo ya estaba vieja por ese entonces. Casi ciega. ¿Les dije, no? Artritis. Artrosis. Fallas en los riñones, en la cadera, en el corazón. Dificultad para caminar.

Hoy lo miro detenidamente y pienso.... ¿por qué le tocó a Santiaguito?... Bueno, no, ya era Santiago y yo su vieja perra enferma.

Hoy lo miro detenidamente y pienso.... ¿se puede? Digo... ¿cambiar una vida por otra?